

Meditaciones sobre la Universidad

Antenor Orrego

LA DOCENCIA UNIVERSITARIA Y EL ALUMNADO

En estos días se han celebrado dos reuniones universitarias, la una de catedráticos y la otra de estudiantes, que se prestan a las más sugestivas reflexiones. Ambas han servido para revelar al público, una vez más, el divorcio radical de las dos entidades. Desconexión sentimental e ideológica a la vez; profunda separación frente a las realidades nacionales y humanas. Catedráticos y alumnos no se entienden, actúan en planos mentales y cordiales absolutamente diferentes.

Y esta divergencia arranca del concepto mismo de la función universitaria. Mientras para el profesorado la Universidad está constituida, principalmente, por los maestros, hasta el extremo de negar a los alumnos toda injerencia en las actividades administrativas y docentes; para los estudiantes es todo lo contrario. Se trata de dos criterios opuestos de prioridad en la función docente.

El hecho evidente e indiscutible es, como ya hemos indicado, no sólo la falta de un lazo o comunidad ideológica y sentimental, base sobre la cual debe fundarse toda enseñanza, sino lo que es más grave, la contraposición, la beligerancia entre las dos entidades. En un ambiente de esta naturaleza, en que los dos principales elementos se rechazan y se repugnan mutuamente, no cabe esperar ninguna enseñanza viva, ninguna creación efectiva para la sociedad y para el porvenir.

El dilema es fatal. O la Universidad se hace un órgano fecundo de enseñanza, un todo acordado y coherente, capaz de engendrar una estructura organizada; o desaparece, por inútil, por decorativa, por estática y por infecunda. La ley de selección, que no tolera lo superfluo, lo infecundo y lo híbrido, y que es inexorable para las especies zoológicas, lo es también para las sociedades y las instituciones. En el proceso vital existe, se acrecienta y perdura lo que es capaz de engendrar algo, aquello que desempeña un rol de continuidad y de creación. Lo demás, se abisma, y debe abismarse para siempre, en la negación y en la muerte. Éste es el caso actual de la Universidad, caso perfectamente definido y típico. La sociedad toma únicamente lo que necesita.

El criterio de que la Universidad está constituida, únicamente, por el profesorado revela un concepto petrificado de la enseñanza. La Universidad no se ha hecho para mantener catedráticos, sino para “enseñar alumnos”. Son éstos, pues, la materia viva, la materia moldeable, el cuerpo y el alma necesarios. La enseñanza debe sujetarse a sus exigencias y necesidades espirituales y, por eso, son ellos, principalmente, los que deben fijar las condiciones de la docencia. Sostener lo contrario valdría tanto, sirviéndonos de un símil económico, como sostener que el comercio imponga las condiciones del producto al consumidor, cuando es éste el que tiene que imponer las condiciones de lo que necesita consumir. Es el orden lógico y natural de las cosas. Cuando se invierte, se debe principalmente a alguna causa excepcional que rompe el equilibrio normativo de los hechos y en este caso es necesario aplicar el remedio inmediato. Y éste es el caso de la Universidad.

El profesorado con respecto a la Universidad, no es sino el elemento burocrático, es decir, el elemento que debe prestar servicios a trueque de una paga o emolumento. La sustancia viva o receptora es el alumnado. De allí el derecho indiscutible que tiene éste de tachar catedráticos cuando ellos son incapaces de prestar los servicios de cultura y de enseñanza que exige el estudiante. El dómine, dictador escolar que asumía todos los poderes, es una simple curiosidad arqueológica dentro de la pedagogía moderna.

Estos conceptos esenciales son los que presiden la vida de todas las universidades de hoy.

(Editorial de “El Norte” publicado el 12 de octubre de 1923).

NUESTRO ESPÍRITU UNIVERSITARIO

La Universidad, por ser el remate y la culminación de toda enseñanza, debe cultivar en sus aulas el sentido de la realidad. Debe enseñar a vivir a las generaciones jóvenes en idea y en acción. El sentido especulativo sólo se comprende y se justifica con un fin pragmático y dinámico. Lo demás, no es sino ocioso bizantinismo de eruditos: homosexualismo de biblioteca, impotencia para coludirse con los vírgenes, palpitantes y fecundos senos de la vida. Es

allí donde debemos aprender a libertarnos de los libros, a someterlos a nuestro espíritu, y no nuestro espíritu a los libros. Estos deben ser nuestros servidores, y no nosotros los de ellos. Nada más hermoso y vital que afirmar la irreductible independencia de nuestra alma, frente a cualquier esterilizante influencia libresca.

He aquí el *leit motive*, el resorte informativo de toda la enseñanza universitaria. En nuestras universidades se ha tendido a mecanizar la función docente, a *profesionalizar* la enseñanza en la peor acepción de la palabra. De allí que tengamos, salvo vigorosas individualidades que vencieron toda presión, una generación de abogados, médicos, ingenieros, que en lugar de ser dueños de una profesión son esclavos de ella. Antes de formar académicos, necesitamos que se formen hombres; hombres de espíritu robusto que reaccionen contra la mezquina realidad circundante, que tengan un pensamiento, una ideología, una sensibilidad, ante los más perentorios y urgentes problemas nacionales y humanos. Todos estamos de acuerdo en que no tenemos una nacionalidad, en que es menester crearla; y, sin embargo nuestros más altos institutos de enseñanza se empeñan en no forjar *creadores de nacionalidad*.

No es ni siquiera la especialización profesional, el método de la rígida *papeleta* alemana. Eso es cultura, y en ella hay espíritu, a pesar de sus enormes deficiencias, a pesar de la unilateralidad de su función. Lo nuestro es bien triste. Más del ochenta por ciento de los alumnos van al claustro con el único propósito de *ubicarse* utilitariamente ante la vida, los lleva un exclusivo propósito de lucro; y más del ochenta por ciento de nuestros profesores van con idéntico objeto, van también a *ubicarse*.

En los países europeos más adelantados las universidades son los focos de toda revolución ideológica, en ellas encuentran eco las voces de renovación espiritual. Entre nosotros son exclusivamente académicas, conservadoras, tradicionalistas, a pesar de sus pujos revolucionarios. Sirven de pedestal a enormes prestigios de oropel, y las voces realmente vitales que traen una emoción personal acerca de la vida y de los problemas nacionales, quedan en el anónimo, sin ser escuchadas.

Los alumnos se empeñan en no ser alumnos, y los profesores se empeñan también en no serlo. Éstos, *ubicados* definitivamente sin tener que sufrir ya ninguna competencia, sin la amenaza del concurso, se inmovilizan en su ideología de treinta años atrás, y sólo están atentos a cobrar los emolumentos del presupuesto; aquéllos, sin ninguna curiosidad mental sólo aspiran a vencer el curso, a ganar tiempo, a optar el grado y a *ubicarse* también, definitivamente; ambos tienen una sola y misma visión de la vida. Profesores sin el espíritu de su alto magisterio y

alumnos sin vocación, sin amor, sin ninguna inquietud ideológica, a caza desesperada del tiquete de *doctor*, que a la vez que satisface cierta cándida vanidad pedantesca, les abre las puertas de la burocracia.

No pretendemos formular una oposición irreductible, por necedad platónica, entre los medios de subsistencia material que se adquieren por una profesión y las necesidades éticas e ideales de todo hombre bien nacido. Sabemos que cada uno debe vivir del ministerio que le toca desempeñar. Impugnamos solamente el mezquino concepto utilitario como único fin, al que se subordina todo. Para nosotros la más alta manifestación del vigor espiritual de un hombre consiste en saber armonizar sus intereses materiales e ideales; en lograr concordarlos de manera tal, que aquellos sean una derivación necesaria de éstos. La anulación de cualquiera de ellos por el otro, es debida sin duda alguna, a deficiencia cerebral. Los unos por idiotez sanchopancesca, y los otros por locura.

En nuestras universidades se pretende llegar a una renovación por medios disciplinarios; se pretende crear espíritu por presión mecánica. Es decir, lo artificial creando a lo vital, la máquina a la vida, el *dómine* engendrando al discípulo. Y lo único que hace falta es que haya profesores, y como consecuencia que haya alumnos. Que aquellos amen su magisterio y que luego contagien el amor a la ciencia y a una vida noble a sus discípulos. Que enseñen a pensar, antes que a preparar exámenes; que forjen hombres antes que burócratas.

Pocos hay en nuestra Universidad que quieran ser realmente profesores. Se les señala con el índice; la conciencia estudiantil sabe quiénes son.

LA VIDA INTELECTUAL DE TRUJILLO

Para hablar del panorama que presenta la vida intelectual de Trujillo es preciso hablar del grupo —único grupo de valor intrínseco— que comienza a surgir hacia el año 1916.

Antes de esta fecha, hito de mucho significado en la cultura trujillana, no existió jamás, no ya nada apreciable sino —de manera absoluta— ni siquiera mediocre. La Universidad que debió ser un foco de irradiación intelectual, un instrumento o vehículo de fuerte suscitación, se limitó a repetir —*Magister Dixit!*— la densa y pedantesca garrulería académica del Medioevo, la atosigante y abrumadora banalidad de todos los lugares comunes de la tierra, verborrea ortofónica de esa ciencia jurídica que había aderezado Pero Grullo en todas las malas cocinas europeas. Cada catedrático despotricaba —como sólo se despotrica en la Universidad Peruana— de lo que nunca

aprendió, de lo que nunca amó con pasión intelectual, de lo que jamás ni siquiera asimiló dentro de su sangre y dentro de la carnatura de su espíritu. Eso sí, teníamos eminencias, —muchas eminencias!—, verdaderas eminencias que lucían con hinchazón la mágica y deslumbradora toga de la vaciedad. ¡Tierra peruana ésta tan propicia a estos estupefacientes timos de la sabiduría, cuya aureola va creciendo como la bola de nieve a medida que rueda y se arrastra, o para emplear un clásico símil de nuestra clásica historia que debiera estar trasnochada pero no lo está por que en el Perú nada se trasnocha —una aureola que iba aumentando como aquella bolivariana sombra del indio Choquehuanca, única iniciación literaria junto con el almanaque Bailly Baillery de gran parte de catedráticos peruanos— de aquella sombra que se agranda cuando el sol declina. ¡Imposible querer sustraerse al llamado fascinante del pezón que se succionó de niño! ¡No en vano se ha sido universitario!

Este período que acabo de bosquejar a gran brochazo podríamos llamarlo período de *Avant Guerre* o de Ante-Guerra. Período, como ustedes ven, de tiniebla densa y grávida que comienza desde la fundación de la Universidad por Bolívar y que terminará no sé si dentro de un siglo o un milenio.

Pero lo único que nos interesa es el período siguiente. El período de la *post guerra*, después que la agresiva y fecunda fogosidad juvenil la emprendió a cachiporrazo limpio contra la milenaria rutina del aula que se disimulaba tras el suntuoso sombrero de copa y del atildado estimamiento protocolario del frac que simula, las más de las veces, riquísimos filones de ciencia jurídica infusa.

Dentro de este ambiente negativo y hostil, porque sentía su propia debilidad, surge el grupo intelectual que había de realizar y que está realizando aún la labor tal vez de más fuerte virtualidad cohesiva que se ha dado en los últimos años de la República. El grupo tuvo que caracterizarse por su fuerte beligerancia. Había que derruir la simulación intelectual y estética que le falsificaba todo.

El primer escándalo polémico lo producen los versos iniciales de César Vallejo. En torno de su obra se aprietan los pocos pero potentísimos espíritus que arrastraban una fuerte vitalidad creadora. El choque fue colmado de violencia pasional y juvenil, por un lado; de aviesa y medrosa agresividad, por el otro. La impotencia crítica y la incultura literaria del *magíster* tuvo que apelar al ridículo como arma última y suprema. Los mozos pronto también retrucaron con la zumba, con el torniquete despiadado de la ironía. Batalla campal de lo nuevo y de lo viejo, cuya victoria cual buena hembra se abraza como siempre, del más joven. La Universidad dejó su careta de secular sabiduría.

Ya no más las eminencias de paraninfo podían enarbolar la dictadura de la rutina. El Pacheco *queiroziano* se vio en el trance de romper su silencio y como nunca había pensado, nunca, cuando habló fue para lapidarse. Este fue el primer episodio. Espectacular y tragicómico de un movimiento cuya realidad concreta se voluminizó hasta saturar el ambiente local, desbordar luego al resto del país y proyectarse por último como perspectiva dentro del vasto panorama espiritual de América, hacia el extranjero.

Pero el movimiento de Trujillo no sólo tiene un sentido intelectual y estético, sino también, y esto es quizá más característico, tiene un sentido político. Ha percibido y percibe su personalidad histórica, frente a las realidades nacionales. No es un intelectualismo de bufete que no ha sentido jamás el trágico jadeo de las entrañas humanas. Al contrario, siempre estuvo envuelto en el dinámico fragor de la calle, sumido dentro de la bronca crepitación de la vida colectiva. Diez años de intensa acción y reacción sobre el espíritu público. La prensa trujillana está saturada de ese nobilísimo afán de ciudadanía en que el hombre se siente parte integrante y colaborante de una totalidad colectiva.

No es tiempo aún de hacer la crítica de la obra realizada por cada uno de los autores del movimiento trujillano. Por eso, no haré hoy sino enumerarlos.

En todo núcleo de vigorosa y efectiva vitalidad, dentro de un plano cohesivo común, existen diversos matices característicos que constituyen su totalidad integral. Lo unilateral es lo muerto; lo vivo es complejo y poliédrico.

Dentro del movimiento de Trujillo se distinguen tres direcciones perfectamente acusadas. La estética o poética, la más vigorosa de todas cuyo representante más fuerte es César Vallejo; la política que se encarna con potente virtualidad en Víctor Raúl Haya de la Torre, y la ideológica y de pensamiento que se traduce con diferente pulsación en casi todos los factores del núcleo.

Dentro de la sucesión cronológica aparecen los demás temperamentos cuya valoración estimativa sería prematuro formular. Pero, eso sí, gran parte de ellos poseen capacidades creativas que darán mañana más de una sorpresa exultante. Entre ellos, a más de los citados hay que nombrar a Alcides Spelucín, a Francisco Sandóval, a Eloy Espinoza, a Juan José Lora, que pertenece también en cierto modo al movimiento de Trujillo. A Juan Espejo, a Oscar Imaña, a Néstor Martos y los últimos, los menores, cuyos nombres es mejor que aún permanezcan dentro del sello de oro de la admirativa y afectuosa intimidad y que serán los continuadores de una obra que ha de alcanzar a más gallarda y próxima sazón.

En la génesis del movimiento, no es posible olvidar la

virtualidad procreativa inicial de José Eulogio Garrido que hace surgir la primera vinculación que se cohesionan y se traba cada vez más, hasta alcanzar su dilatada anchura.

Para terminar, he de referirme a tres espíritus más en que se integran, la inquietud mental y la embriaguez lírica del momento: Camilo Blas, artista de un extraordinario sentido del color que ha creado ya una fuerte obra pictórica. Macedonio de la Torre, de fina y polifacética sensibilidad artística, y Esquerriloff, el gran dibujante en que el ritmo se hace línea y la línea se hace ritmo.

Por fin, como broche último, dos músicos de un gran sentido nacionalista en el arte: Daniel Hoyle y Carlos Valderrama.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CENTRO DE ESTUDIANTES Y OBREROS DE TRUJILLO

Camaradas: Una vez más voy a articular ante vosotros mi humilde palabra. Cada día mi esperanza en vuestra grandiosa misión histórica se afinca con más fuertes, con más entrañadas estribaciones religiosas. El trabajador representa junto con el estudiante el elemento revelador, transformador y renovador del mundo. El obrero y el estudiante peruano —¡oh dicha nuestra!—, no están desligados de esa vasta tragedia universal que a estas horas está consumándose en todas las latitudes de la tierra. Mientras el egoísmo nacionalista gesticula en los histriónismos de la violencia y de la fuerza, vosotros levantáis como bandera, turgiendo las bigornias de vuestros pechos, la más elevada, la más pura, la más heroica emoción de la justicia histórica.

Nunca podré olvidar el consuelo que me disteis en aquellos días trágicos de 1924, cuando la metralla perforó el pecho generoso de centenares de nuestros hermanos y cuando las cárceles y las persecuciones gravitaban sobre todos aquellos que teníamos hambre y sed de justicia. Entonces vi que nuestra raza amamantaba héroes, que nuestro pueblo expoliado y sufrido era capaz de parir un continente nuevo. Entonces, también, recogido en mí mismo, replegada mi fe, mi esperanza, mi corazón y mi cerebro, en uno de aquellos instantes divinos de luz en que el alma cargada de tragedia constata el dolor de la injusticia, juré consagrar toda mi vida, la significación entera de mi obra espiritual, al servicio del oprimido.

No sé si mis capacidades puedan consagrarse con eficacia a este sacerdocio, pero sé que desde entonces llevo una estrella en el alma que alumbrará mis acciones; que mi vida y la vida total del mundo tiene un sentido más profundo, más noble y más generoso.

Hay una característica que nos revela el alto grado del hombre contemporáneo. Esta característica es su clarividencia histórica. Jamás el hombre ha estado más sumergido en la vida global del mundo. Jamás ha sido de modo más intenso y más pleno la antena sensible del sincronismo histórico. Este sentido luminoso de los acontecimientos y del porvenir, este sentido de sus responsabilidades históricas es quizás el rasgo capital de su espíritu.

Pues bien, en nuestro país y en América, mientras las clases dominantes marchan como soterradas en el pasado, el obrero y el estudiante asumen la máxima contemporaneidad, la máxima conciencia histórica de su época.

Ésta es, camaradas, nuestra salvación. Vivís en la historia y para la historia. Los ciegos de nacimiento que son nuestros gobernantes, nunca sabrán agradecerlos lo bastante. Las universidades populares de nuestro país con todas sus deficiencias, con todos sus enormes vacíos, con todas sus insalvables improvisaciones, son las únicas sedes de la conciencia histórica, de la íntima conciencia de la época.

Antes de terminar quiero que me acompañéis vosotros a rendir un homenaje al creador de estos centros populares, al propulsor de sus actividades primeras, aquel muchacho valeroso que apenas desprendido de los senos maternos ya tenía una amplia, una generosa, una noble, una aguda conciencia histórica. Ya sabéis que me refiero a Víctor Raúl Haya de la Torre.

Caso estupefaciente el de este mozo, por lo mismo que su individualidad de hoy es el resultado de una paciente, de una fatigosa, de una dolorosa depuración. Esto en su vida es un ejemplo de lo que puede una fuerte y una buena voluntad. Antes de librar la ruda batalla externa contra las tinieblas, él libró en sí mismo la trágica batalla contra sus propias tinieblas interiores. Antes de ser el conductor de los demás, él fue el conductor y el maestro de sí mismo. Entre la sensualidad y la voluptuosidad hedonística, por un lado, y el sacrificio, el don de sí mismo y sus responsabilidades, por otro, él supo elegir y alcanzar el camino más áspero. Optó por el amor antes que por la voluptuosidad, pero sabiendo con entera conciencia que el amor asume enteras responsabilidades.

Camaradas, yo he visto la eclosión y el crecimiento de esta alma exasperada de justicia. Yo he visto las siete caídas y he visto también las siete elevaciones angustiosas. Yo he visto los desgarros lacerantes, yo he visto los sudores sangrientos, y he visto chorrear el dolor de este corazón disputado por las fuerzas del mundo y por las fuerzas del espíritu. Alma cargada de humanidad hasta su fondo más íntimo, alma sedienta de ascensión que ha subido paso a paso el Calvario hasta arribar a la cima de las claridades.

Figuraos lo que sufriría y sufre esta alma en un ambiente de egoísmo reptante, en un ambiente en que rara vez vibró la entera, la desgarrada pasión de un hombre que se entrega a una fe. País de una cultura escéptica, irónica y desconfiada, que no cree en nada ni en nadie. Sin embargo, la pasión de Haya ha vencido; la pasión de Haya está creando una fe colectiva, capaz de reconstruir nuestra agónica nacionalidad. Éste es su mejor galardón.

Camaradas: os agradezco la benevolencia con que me habéis escuchado, con que me escucháis en todo tiempo. De todas las satisfacciones de mi vida intelectual las más bellas, las más puras, las más gratas a mi corazón serán siempre las que me habéis dado.

LA REFORMA UNIVERSITARIA, GRITO DE LA JUVENTUD DE AMÉRICA [*]

Hay un hecho que ha de marcar la primera etapa *conciente* de la americanización de América. Este hecho es el grito de reforma universitaria dado en Córdoba. No vale tanto como realidad, cuanto como signo de una fermentación histórica. No es un grito de claustro o de pupitre, es el grito del espíritu de América. La revolución o la agitación del aula es un mero pretexto. El incendio estaba tan latente en América que en un espacio de cuatro años la chispa inflama todo el continente. Es la subversión contra los métodos de Europa, contra el pensamiento y las concepciones de Europa, contra los vicios y las limitaciones de Europa, contra la decadencia y la putrefacción de Europa, aunque no lo parezca.

Nunca se vio a la clase estudiantil jugar un rol tan decisivo en la historia de un Continente. Los maestros de América –los mejores– eran solamente buenos maestros *europizados*, pero América necesitaba más, necesitaba buenos maestros *americanos*.

Y asistimos, entonces, a un maravilloso *autodidactismo* de la juventud. Más aún, asistimos a la docencia de la juventud sobre los maestros. La juventud comienza a formar maestros, comienza a *americanizarlos*. El maestro se ha convertido en discípulo porque necesita aprender y desarrollar su sentido histórico, su *sentido americano*.

Y caso estupendo, la juventud arrastra, tanto como un impulso cultural, un valor y una acción políticos. ¡Hecho preñado de consecuencias históricas!

CULTURA UNIVERSITARIA Y CULTURA POPULAR

(Conferencia en el Ateneo Universitario de Trujillo)

Vuelvo a ocupar esta tribuna por el amistoso requerimiento del Ateneo Universitario. Hacer labor de cultura es hacer obra constructiva y perdurable. Y precisa reconocer, que la actual institución representativa del alumnado trujillano está cumpliendo esta salvadora, esta nobilísima tarea. Para el fragor del choque personal, se desvanecen las rencillas episódicas de la lucha, se apagan los resquemores de la puntillosa vanidad herida, se aquietan los sobresaltos de los intereses creados, pero la luz que se sembró fructifica, las conciencias que se libertaron deslumbradas por la verdad siguen creando la justicia y los espíritus que despertaron y se encendieron en el jadeo de la batalla prosiguen alumbrando y alentando los pasos creadores del hombre.

Esta acción perdurable y eterna, este *substratum* palin-genésico de la obra humana, esta decantación positiva del espíritu es la acción permanente de la cultura. No hay pensamiento vivo, es decir, engendrado con la sangre del alma, que sea estéril. Pensamiento que se siembra es pensamiento que tarde o temprano y pese a las contingencias efímeras del momento, se trueca en pródiga cosecha.

No se explica de otra manera esa supervivencia de ciertos hombres y de ciertas instituciones que malgrado las maquinaciones del ambiente en que viven, malgrado la conspiración clandestina y sorda de las suficiencias consagradas por la ignorancia, se alzan erguidas e invulnerables, con una fuerza moral superior, porque son los verdaderos vehículos, los auténticos mensajeros de la cultura.

Y es que la cultura es historia y la historia es cultura. El que vive de espaldas a su época, de hecho se suicida. Es un suicidio lento, invisible acaso para las víctimas, pero suicidio efectivo. El Perú está lleno de suicidas que no se dan cuenta de su fallecimiento ni de la potencia que los fulmina. Es una inconciencia que nos enternecería, si sus gesticulaciones de moribundo no fueran una rémora para la tarea salvadora de mañana.

Para los alumnos universitarios de este momento y para su institución representativa no puedo sino desear que vivan siempre y que piensen y obren con el espíritu de su generación. Felizmente estoy constatando con íntima efusión que no quieren incorporarse a la gavilla de suicidas inconscientes. Vosotros queréis salvarlos para la cul-

* De: «El gran destino de América. ¿Qué es América?». En: Amauta, Año III, No. 12, Lima, febrero de 1928, p.14. El artículo está fechado en Trujillo, enero de 1928. (El título del fragmento es nuestro).

tura y para la historia. Vosotros queréis salvaros para la justicia del porvenir. Veo en vuestras pupilas este anhelo y esta resolución enérgica de vivir. Veo vuestras manos, vuestros pensamientos y vuestros actos cuajados de beligerancia. Tened en cuenta que ya no sois los primeros. Cada día vuestra responsabilidad se acrecienta. Los primeros de vosotros son ya hombres célebres y respetados en América y en el mundo. Ya tenéis nombres que pueden confortar vuestra esperanza. Vuestros hermanos un poco mayores que vosotros ya os han abierto el camino. Agrupaos y henchid el pecho para la victoria que se acerca.

PUEBLO Y UNIVERSIDAD

Para que la cultura sea cultura histórica y no muerta, para que la cultura no se convierta en simple escarceo erudito de academia, en simple paganismo de palabreo técnico, para que la cultura viva en nosotros como médula de nuestros huesos y no sólo en los libros y en las clases, son precisos dos elementos primordiales: de un lado la Universidad, de otro el pueblo; de un lado el trabajador manual, de otro el trabajador intelectual. Son dos elementos que no pueden caminar separados porque se complementan entre sí. Cuando se divorcian, la cultura se convierte en el instrumento de una clase dominante que explota y oprime al pueblo, es decir, a la sustancia permanente de la historia y de la libertad del hombre.

Durante el siglo diez y ocho y principios del diez y nueve hemos visto a dónde conduce esta conexión. La tremenda catástrofe de 1914 fue su natural y lógica encrucijada y el escenario de nuestros momentos contemporáneos está preñado y ensombrecido de tragedia.

En el Perú la divergencia ha sido aún mayor que en el resto del mundo. La Universidad ha tenido una semicultura de gabinete y de pupitre, pero no ha tenido ni tiene una verdadera cultura vital. La cultura hay que vivirla en principio y vivirla en acción. No se puede, pongamos por caso, explicar y defender en el aula las llamadas garantías individuales y atropellarlas y negarlas en la calle y en la vida cotidiana. Para el universitario—maestro o alumno—no hay término medio.

En puridad de verdad no hemos tenido una cultura porque no hemos sabido vivirla, porque no hemos sabido incorporarla dentro de las fibras de nuestra vida. Hemos confundido cultura con ilustración académica. No es lo mismo recitar un libro que crear y vivificar el ambiente espiritual de una cátedra. La Ilustración es la memoria fría y yerta de la cultura pero no es la cultura misma. No vale la pena que en los exámenes se declame de corrido el amor a la libertad, al derecho y a la justicia, y en la vida se

les befe y se les decapite, o por lo menos, se muestre uno diferente de sus imperativos categóricos.

Hay un dicho popular que resume este estado harpagónico del espíritu «Meterse el diablo a predicador», dice la gente cuando la vida no está en consonancia con los principios que se sustentan, y hay otra sentencia evangélica en boca de Jesucristo que llamaba a los fariseos sepulcros blanqueados, que acaban de lapidarlo. Por desgracia la Universidad ha hecho con frecuencia el papel de diablo predicador y en muchos casos se le puede aplicar la frase evangélica.

Hablo así de la Universidad peruana porque he sido y soy un universitario. Los males de la propia casa no se curan sino denunciándolos. Ocultar las enfermedades es invitarlas a que medren y nos devoren. Quien ama, corrige y aplica el cauterio. Un ejemplo de este amor nos lo dan los mismos catedráticos argentinos que no vacilan en denunciar los males de su propia casa. Oigamos al doctor Sánchez Viamonte, sabio catedrático de Derecho Político, cuando se trató de conferir el grado de Doctor al Príncipe Humberto de Saboya. Dice así:

«Señor Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Acabo de recibir una nota de usted invitándome a nombre del Rector a la solemne recepción académica, con que nuestra Universidad rendirá su homenaje a S.A.R. Humberto de Saboya, Príncipe de Piamonte.

Ignoro en qué consistirá exactamente la solemne recepción académica, pero tengo entendido que se trata de entregarle al joven Humberto de Saboya un diploma universitario de Doctor «Honoris Causa» y me apresuro a enviar a usted mi respuesta.

No me explico cómo ha podido consentir el señor Decano en ser vehículo de esa invitación, para un acto cuya naturaleza lo presenta como único en los anales del mundo civilizado en la época contemporánea y que repugna a mi carácter de argentino y de universitario.

Concurriría presuroso si se rindiera el homenaje a la nación italiana en la persona de alguno de sus hombres eminentes—como el profesor Orlando, verbigracia—pero reputo intolerable obsequencia cortesana, contraria a nuestra Constitución y al espíritu de nuestra democracia, y bochormosa para nuestra cultura, esta demostración de que la sabiduría y la ciencia se obtienen por nacimiento.

Después de esto creo que podrán ser reemplazados los exámenes de nuestros estudiantes por la comprobación de sus antecedentes de familia.

Ruego al señor Decano que ponga esta nota en conocimiento del Rector, manifestándole al mismo tiempo, que puede disponer del asiento que me reserva como Conseje-

ro de esa Facultad, para que lo ocupe otro universitario que haya olvidado su condición de argentino, demasiado presente en mi espíritu. Por otra parte, «ni ebrio ni dormido» consagraré con mi presencia la degradación de nuestra Universidad. Saluda a usted atentamente Sánchez Viamonte».

Esto es lo que se llama vivir la cultura y no sólo recibirla en las cátedras. Así se hace Universidad y se hace país.

Podría multiplicar estos ejemplos del cielo de los profesores argentinos por sus respectivas universidades, pero para ilustración basta el ejemplo citado.

Nuestra gran empresa de universitarios –tal vez nuestra única empresa– es vivir la cultura. Basta ya de bagazo erudito que no sirve ni para mejorarnos ni para mejorar nuestra patria. Necesitamos estudiar la calidad de nuestra América y crear nuestro propio pensamiento, nuestra propia política, nuestra propia economía, nuestra propia estética, nuestra propia historia. Los textos europeos mal aplicados y mal comprendidos no sirven sino para desorientarnos –ya lo hemos estado 400 años– y para fatigar con gárrulas palabras nuestros cerebros y nuestra vida. Necesitamos maestros americanos que nos enseñen a conocer y amar nuestra América, maestros que vivan con nosotros la infinita y heroica voluptuosidad de crear un nuevo continente intelectual, maestros de una raza «por cuya boca hablará el espíritu».

Y para esta empresa debemos juntarnos todos, maestros y discípulos, en un solidario y fervoroso anhelo común, que cada cual aporte lo que pueda y lo que tenga. No hay otro camino. Para reforzar estas palabras vuelvo a citar al gran maestro argentino, doctor Sánchez Viamonte.

«Sin renunciar del todo a la reforma de las universidades oficiales, inyectándoles siempre que podamos la sabia efervescente de la vida nueva, deberíamos crear la nueva Universidad, o mejor dicho, restaurar la más antigua Universidad libre, orientada y dirigida por verdaderos maestros –no profesores que sólo tengan en vista la renta– y en la que se vuelva a ver discípulos –no alumnos ansiosos de obtener un título profesional».

«Alguna vez he pensado que si reapareciese en este siglo y entre nosotros un discípulo de Pitágoras y de Platón, se quedaría sin comprender ese nuestro empeño de convertir las escuelas profesionales del Estado en emporios de cultura superior, y se preguntaría estupefacto por qué aceptamos la imposición de profesores oficiales de escalafón administrativo domesticados y trabados por el corral de los intereses creados, cuando podríamos escoger libremente, a los que enseñaran con desinterés y

nobleza sin someter su verdad fecunda y alta, al control presuntuoso de graves académicos conservadores, parapetados en la rígida comicidad de su solemne gesto magistral».

«Mi experiencia de alumno y de profesor me autoriza a declarar que el 90 por ciento de los estudiantes sólo se interesan por la obtención del título profesional, sin adquirir más que un simple barniz de cultura, indispensable para el mantenimiento del decoro universitario, como así mismo el diez por ciento restante se distingue y se destaca luego por lo que ha estudiado y aprendido fuera de la «Universidad».

«Si la Universidad oficial no es capaz de reformarse, fijémosle de una vez por todas, su papel de organismo burocrático, expedidor de diplomas, y su función de impartir el conocimiento técnico necesario para ejercer profesiones u oficios, y creemos otro organismo espontáneo y desinteresado que reciba el calor de nuestra sangre joven, que lleve el sello de nuestra espiritualidad y que ponga a prueba, en esta hora histórica, la verdadera eficacia de nuestro dinamismo renovador y constructivo».

«El esfuerzo popular espontáneamente concertado tonifica, depura y fortalece la conciencia social y debemos buscar en él la influencia saludable que nos haga abandonar definitivamente la tradicional obstinación –también hereditaria– de pedir todo al gobierno, de esperar todo del gobierno, de echar al gobierno la culpa de todo».

«Dejemos librada a las universidades oficiales la tarea de formar ingenieros, médicos, abogados, etc.; mas, disputémosle de frente la misión de formar hombres, de formar grandes hombres. Dejemos a las universidades oficiales la tarea pedestre y exigua de enseñar la ley; mas, disputémosle la misión de rectificarla en nombre de la justicia sin contemplar los particulares intereses creados que traban el libre juego de la voluntad social. Dejemos a las universidades oficiales el triste privilegio de enseñar la moral en los libros, mas disputémosle la misión de enseñarla en la vida, en el amplio escenario de la vida».

Altas palabras éstas que sirven para orientar la acción futura de la juventud. Así habla uno de los más eminentes catedráticos de América. ¿Cuándo tendremos así una voz entre nuestros maestros que nos señale nuestros supremos deberes de hombres y de universitarios?

El Ateneo Universitario de Trujillo ha tenido una intuición maravillosa del pensamiento del maestro argentino y se prepara, dentro de las escasas fuerzas del ambiente, a realizar una labor de cultura universitaria al lado de la enseñanza de la universidad oficial.

Creando una cultura viva, matando el texto, la letra muerta y salvando el espíritu, es la única manera de crear

una verdadera nacionalidad. Ya lo sabemos esto, jóvenes, por una larga y dolorosa experiencia.

Desde hace cien años estamos atestados de profesionales en los cuales no ha despertado ni se ha formado el hombre. Criaturas enclenques que han marchado por la vida agobiadas por su título, por su oficio y por su lucro. Criaturas sin responsabilidad moral que lo mismo les daba vivir con sus ideas, con la justicia o contra la justicia, con la verdad o sin ella. ¿Qué podemos esperar y exigir de criaturas irresponsables?

Las nuevas generaciones no nos podemos resignar a semejante degradación. Tal vez nuestro apasionamiento y nuestra sed de vida nos lleva a extraviarnos alguna vez, pero nuestro objetivo es el más sagrado objetivo del hombre. El que no se siente con voluntad ni con capacidad de crear que se quede en casa a dormir la fatiga que no ha sufrido y a descansar el trabajo que no ha hecho, pero ¡por los dioses inmortales!, que no obstaculice el camino de los que vamos, entre tropiezos y desgarrones, hacia el alumbramiento de una nueva vida.

Crear una nueva vida, he aquí nuestra suprema responsabilidad. Para crearla, es preciso vivir la cultura. Así lo han hecho todos los grandes pueblos de la historia.

Y para vivir la cultura –ya lo he dicho– es preciso que la Universidad se proyecte hacia el pueblo y que el pueblo

se incorpore en la Universidad. No puede haber una cultura de clase o de casta porque a la postre se esteriliza y se corrompe. El cerebro rige el cuerpo y el cuerpo vivifica y tonifica el cerebro. Sístole depuradora y diástole vitalizadora; absorción y aireación que presiden toda grande obra humana. Universidad y pueblo son dos vasos comunicantes cuyo nivel superior o inferior lo determinan la mayor o menor mentalidad y moralidad de ambos. Son, si se quiere, dos factores intercambiables que presiden todo proceso histórico.

Felizmente para el Perú las últimas generaciones universitarias han iniciado el acercamiento de la Universidad al pueblo y del pueblo a la Universidad. La tarea no está más que empezada, es necesario acrecerla e intensificarla. Tengo la esperanza de que por este camino hemos de lograr la realización de la cultura en la vida y en la patria y no solamente en los libros y en las cátedras. Cabalmente recordamos hoy el primer abrazo grandioso entre el pueblo y la Universidad. Ya sabemos cómo quedó sellado para siempre este abrazo. Por primera vez en el Perú se produce un gesto de cultura viva en oposición al texto frío y a la letra muerta.

¡Jóvenes, vivamos la cultura y entonces amanecerá el gran día del Perú y la América! . . .

(«Amauta», Año III, No. 16, pp. 35-36. Julio 1928).